

Desaparecido

Jonathan Kellerman

Traducción de Ana María Niedo



Dedicado a Linda Marrow

Con especial agradecimiento al capitán retirado David Campbell
del Juzgado de Instrucción de Los Ángeles

La joven casi mata a un hombre inocente.

Creighton Bondurant, más conocido como Charley, conducía despacio porque su vida dependía de ello. El Cañón de Látigo era una sucesión, kilómetro tras kilómetro, de curvas capaces de dislocarle el cuello a los conductores de lo cerradas que eran. A Charley no le interesaba nada de lo que los entrometidos del Gobierno le pudieran decir, pero las señales que limitaban la velocidad a veinticinco kilómetros por hora eran de lo más sensato.

Vivía en las poco más de doscientas hectáreas que quedaban del rancho que había pertenecido a su abuelo durante la presidencia de Coolidge a seis kilómetros al norte de la calle Kanan Dume. Aún conservaba los caballos árabes y de Tennessee, y las mulas del abuelo porque le gustaba tenerlos alrededor, le levantaban el ánimo. Charley había crecido en familias así. Rancheros sensatos que no se andaban con tonterías, unos cuantos ricos que todavía eran tratables cuando venían a montar los fines de semana. Ahora todo lo que había era gente que hacía como si fuera rica.

Charley, diabético, con reuma y depresión, vivía en una cabaña de dos habitaciones con vistas a las cimas de montaña cubiertas de robles y al océano tras estas. Sesenta y ocho años, nunca había estado casado. En las noches en las que mezclaba medicinas y cerveza y se le caía el alma a los pies, se decía a sí mismo que era una mala imitación de un hombre.

En los días que estaba más contento, hacía como si fuera un viejo vaquero.

Esta mañana se encontraba en algún punto entre esos dos extremos. Los juanetes le dolían horriblemente. El invierno anterior se le habían muerto dos caballos y solo le quedaban dos yeguas escuálidas y un perro pastor medio ciego. El alimento y el heno se llevaban casi toda su pensión de la

Seguridad Social. Sin embargo, las noches habían sido bastante cálidas desde octubre, no había tenido pesadillas y los huesos no le molestaban.

El heno era lo que hacía que se levantara a las siete de la mañana: saltaba de la cama, se tomaba el café de un trago, roía un panecillo dulce ya duro; al infierno con su nivel de azúcar en sangre. Un rato de tiempo muerto para que el engranaje interno se ponga a funcionar y para las ocho ya estaba vestido y arrancando la furgoneta.

Dejó que la furgoneta se deslizara en punto muerto mientras bajaba por el camino de tierra que llevaba a Látigo, miró a ambos lados un par de veces, se quitó las migas que se le habían quedado en las pestañas, puso primera y bajó. El Topanga Feed Bin estaba a veinte minutos al sur por lo que había pensado en parar en el camino en la Malibú Stop and Shop para comprar unos cuantos *packs* de cerveza, una lata de tabaco Sokal para pipa y un paquete de patatas Pringles.

Era una bonita mañana, el cielo azul de siempre con solo un par de nubes al este y el dulce aire del Pacífico. Puso la octava canción, y condujo lo suficientemente despacio como para poder parar si pasaba un ciervo mientras escuchaba a Ray Price. No es que hubiera muchos ciervos antes del atardecer, pero, como eran una plaga, nunca se sabía lo que se podía esperar en la montaña.

La chica desnuda saltó hacia él mucho más rápido de lo que lo hubiera hecho cualquier ciervo.

Tenía los ojos llenos de terror, la boca tan abierta que Charley hubiera jurado que podía verle la campanilla.

Cruzó la carretera corriendo y se dirigió hacia su camión en línea recta, el pelo se le movía salvajemente y no dejaba de agitar los brazos.

Charley pisó el freno con fuerza, sintió cómo la furgoneta daba bandazos y se bamboleaba. Después derrapó con fuerza hacia la izquierda, lo que hizo que se dirigiera directamente hacia el ya muy golpeado quitamiedos que lo separaba de los más de tres mil metros del más absoluto vacío.

Iba a toda velocidad hacia el cielo.

Siguió pisando el freno con fuerza. Siguió volando. Rezó todo lo que sabía y abrió la puerta listo para tirarse del vehículo.

La maldita camisa se le enganchó en el tirador la puerta. La eternidad le parecía muy cercana. ¡Qué forma más estúpida de morir!

Trató de rasgar la tela de la camisa con las manos, bendijo y maldijo, tensó el cuerpo ya retorcido por el esfuerzo, sus piernas se convirtieron en barras de hierro, y apretó con el ya dolorido pie el freno hasta tocar el suelo del vehículo.

La furgoneta seguía avanzando, coleó, se deslizó y levantó gravilla.

Charley se estremeció. Rodó. Se golpeó el parachoques.

Podía oír cómo gemía el quitamiedos.

La furgoneta se detuvo.

Charley desenganchó la camisa y salió. Tenía el pecho tenso y no podía meter nada de aire en sus pulmones. ¿No sería una mierda total?: librarse de una caída libre hasta el fin del mundo para ir a morir de un puñetero ataque al corazón.

Jadeó y logró tomar algo de aire, sintió como se le nublaba la vista y se apoyó contra el camión. Charley dio un salto hacia atrás cuando oyó crujir el chasis. Volvió a sentirse caer.

Un grito rasgó la mañana. Charley abrió los ojos, se enderezó y vio a la chica. Tenía marcas rojas alrededor de las muñecas y de los tobillos. Tenía cardenales en el cuello.

Un precioso cuerpo joven, con unas tetas saludables que no dejaban de rebotar mientras la chica corría hacia él. Era un pecado pensar así, la chica estaba asustada, pero, ¿con unas tetas así en qué otra cosa se iba a fijar?

La chica seguía acercándose, iba con los brazos abiertos, como si quisiera que Charley la abrazara.

Pero, como gritaba y tenía los ojos tan llenos de miedo, Charley no estaba seguro de qué era lo que debía hacer.

Era la primera vez en mucho tiempo que estaba cerca de la piel desnuda de una mujer.

Se olvidó de las tetas, no había nada sexi en la situación. Era una niña, podía ser su hija. O su nieta.

Esas marcas en sus muñecas y tobillos. En su cuello.

La chica gritó de nuevo.

—¡Oh Dios, oh Dios, oh Dios!

Ahora estaba justo delante de él. El pelo rubio le golpeaba la cara al hombre. Podía oler el miedo de la chica. Podía ver que sus hermosos hombros tenían la piel de gallina.

—¡Ayúdeme!

La pobre niña estaba temblando.

Charley la abrazó.

Cuando no se tiene a dónde ir, se acaba en Los Ángeles.

Hace mucho tiempo, conduje hacia el este desde Misuri, no era más que un chaval de dieciséis años recién salido del instituto que lo único que tenía eran la cabeza llena de desesperación y media beca académica para la universidad.

El único hijo de un bebedor compulsivo malhumorado y depresivo crónico. No había nada que me atara a la llanura.

Conseguí terminar mi formación universitaria viviendo como un indigente, trabajando y estudiando, a la vez que sacaba algo de dinero tocando la guitarra en bodas y otros eventos con diferentes bandas. Después hice algo de dinero trabajando como psicólogo, y mucho más con un par de inversiones acertadas. Logré tener la famosa casa en las colinas.

Las relaciones sentimentales eran otra cosa bien distinta, pero eso habría sido igual viviera donde viviera.

En el pasado, cuando trataba a niños, para mí era una rutina oír las historias que me contaban los padres y me formé mi propia idea de cómo debía de ser la vida familiar en Los Ángeles. La gente recogía todas sus pertenencias y se mudaba cada dos años, la rendición al impulso, la muerte del ritual doméstico.

Muchos de los pacientes que veía por entonces vivían en grandes extensiones de terreno tostadas por el sol sin otros niños alrededor y se pasaban horas siendo llevados y traídos en autobús a unos corrales de color beis que decían que eran colegios. Las largas noches electrónicas se veían aclaradas por los rayos catódicos y aporreadas por la música más irritante del momento. Las ventanas de sus dormitorios daban a kilómetros y kilómetros de barrios neblinosos que casi ni se podrían llamar barrios.

Había muchos amigos imaginarios en Los Ángeles. Supongo que eso era inevitable. La ciudad es como una empresa y su producto es la fantasía.

La ciudad mata el césped con alfombras rojas, rinde culto a la fama por la fama misma, echa abajo monumentos con regocijo porque la reinención es un juego en el que se arriesga mucho. Si uno se acerca a su restaurante favorito es muy probable que se encuentre un cartel anunciando el fracaso y las ventanas tapadas con papel marrón. Si uno llama a un amigo se encuentra que la línea está desconectada.

El lema municipal podría ser: «No hacer seguimiento».

En Los Ángeles, uno puede desaparecer durante mucho tiempo antes de que nadie piense que se trata de algún problema.

Cuando desaparecieron Michaela Brand y Dylan Meserve nadie pareció darse cuenta.

La madre de Michaela era una antigua cajera de bar de carretera que vivía pegada a un tanque de oxígeno en Fénix. No se sabe quién es su padre, posiblemente fuera uno de los camioneros a los que Maureen Brand entretuvo a lo largo de los años. Michaela dejó Arizona para alejarse del calor asfixiante, de la vegetación gris, el aire que no se movía nunca y de que a nadie le importara el gran sueño.

Era muy raro que llamara a su madre. El silbido del tanque de Maureen, su cuerpo flácido, la tos desigual y los ojos de enfisémica la volvían loca. En Los Ángeles no había sitio en la cabeza de Michaela para todo eso.

La madre de Dylan Meserve había muerto hacía ya mucho tiempo de una enfermedad neuromuscular degenerativa sin diagnosticar. Su padre era un músico que tocaba el saxofón alto establecido en Brooklyn que, para empezar, nunca había querido tener un retoño y, para terminar, había muerto de sobredosis cinco años atrás.

Michaela y Dylan eran muy guapos, muy jóvenes y muy delgados, y habían ido a Los Ángeles por razones obvias.

Durante el día, él vendía zapatos en la tienda *Foot Locker* del barrio de Brentwood. Ella trabajaba como camarera a la hora del almuerzo en una especie de *trattoria* en el extremo este de Beverly Hills.

Se conocieron en la escuela de teatro PlayHouse, en un seminario de interpretación interior que impartía Nora Dowd.

La última vez que alguien los había visto había sido un lunes por la noche, un poco después de las diez, cuando salían del taller de teatro juntos. Estaba dando lo mejor de sí en una escena de *Simpático*. Ninguno de los dos

tenía lo que Sam Shepard estaba buscando, pero la obra tenía muchas partes muy jugosas, con muchos gritos. Nora Dowd los había instado a que se inyectaran en la vena de la escena, a que olieran la mierda de los caballos, a que se abrieran al dolor y la desesperanza.

Ambos sintieron que habían cumplido. El Vinnie que interpretó Dylan había sido perfectamente salvaje y loco, y la Rosie que interpretó Michaela era una mujer misteriosa con clase.

Nora Dowd parecía haber quedado contenta con la actuación de ambos, en especial con la contribución de Dylan.

Eso enfrió un poco a Michaela, pero tampoco se sorprendió por ello.

Veían a Nora meterse en una de sus charlas acerca del lado derecho y el lado izquierdo del cerebro. Siempre lo cuenta más para sí misma que para los demás.

El salón de la escuela PlayHouse estaba montado como un teatro, con un escenario y sillas plegables. Solo lo usaban para los seminarios.

Muchos seminarios, sin escasez de alumnos. Una de las alumnas de Nora, una antigua bailarina exótica llamada April Lange, había logrado un papel en una comedia de situación de la WB. Antes había una foto autografiada de April colgada en la entrada, hasta que alguien la quitó. Rubia, de ojos brillantes, algo depredadora. Michaela solía pensar, *¿por qué ella?*

Aunque claro, podía ser una buena señal. Si le había podido pasar a April, le podía pasar a cualquiera.

Dylan y Michaela vivían en estudios de una sola habitación; él en Overland en Culver City, y ella en Holt Avenue, al sur de Pico. Ambas viviendas eran diminutas y oscuras, y estaban en la planta baja de sus edificios, eran prácticamente tugurios. Esto era Los Ángeles, el lugar en el que el alquiler podía aplastar a cualquiera, los trabajos por horas apenas daban para las necesidades más básicas, y a veces era muy difícil no deprimirse.

Después de que no aparecieran a trabajar dos días seguidos sus respectivos jefes los despidieron.

Y eso fue todo.

Me enteré como la mayoría de la gente se enteró: la tercera historia en las noticias de la noche, justo después del juicio de una estrella del *hip-hop* acusada de asalto y de las inundaciones en Indonesia.

Estaba cenando mi solitaria cena, mientras que medio oía las noticias. Esta noticia en particular atrajo mi atención porque me atraen las historias de delitos locales.

Pareja secuestrada a punta de pistola, encontrados desnudos y deshidratados en las colinas de Malibú. Fui cambiando de canal con el mando, pero ningún otro programa de noticias amplió la información.

A la mañana siguiente, el *Times* dio algunos detalles más: una pareja de estudiantes de interpretación salieron de su clase nocturna en el oeste de Los Ángeles y condujeron hacia el este en el coche de la mujer hacia el apartamento de esta en el distrito de Pico-Robertson. Mientras esperaban en un semáforo en rojo en el cruce Sherbourne y Pico, un hombre enmascarado los había asaltado a punta de pistola y los metió a los dos en el maletero y condujo durante más de una hora.

Cuando el coche se detuvo y se abrió el maletero, la pareja se encontró en medio de la más absoluta oscuridad, en algún sitio «fuera en el campo». El lugar se identificó después como el cañón de Látigo, en las colinas de Malibú.

El asaltante los obligó a bajar a trompicones por la ladera de una colina muy inclinada hasta una zona muy poblada de árboles, donde la joven ató a su compañero a punta de pistola y donde posteriormente también fue atada ella. Los abusos sexuales estaban implícitos, pero no se especificaron. Se describió al asaltante como: «blanco, de mediana estatura, fornido, de treinta a cuarenta años y con acento sureño».

Malibú era territorio del condado, jurisdicción del *sheriff*. El delito había sido cometido a ochenta kilómetros de la sede central de Oficina del *Sheriff* de Los Ángeles, pero las novelas policíacas violentas las llevaban los detectives de delitos mayores y cualquiera que tuviera información era alentado a llamar al centro de la ciudad.

Hace pocos años, cuando Robin y yo estábamos reconstruyendo la casa de las colinas, alquilamos una casa en el oeste de Malibú. Ambos habíamos explorado los sinuosos cañones y los silenciosos barrancos en el lado de tierra de la autopista de la costa del Pacífico; habíamos subido a las cimas pobladas de robles que sobresalían por encima del océano.

Recuerdo el cañón de Látigo como carreteras que parecían sacacorchos con serpientes y halcones de cola roja. A pesar de que nos llevó un buen rato ponernos por encima de la civilización, la recompensa merecía la pena: una maravillosa y cálida nada.

Si hubiera sido lo suficientemente curioso, habría llamado a Milo, y puede que me hubiera enterado de más cosas acerca del secuestro. Estaba ocupado con tres casos de custodias, en dos de ellos los padres implicados en la separación eran de la industria cinematográfica, y el tercero era una pareja de cirujanos plásticos de Brentwood, aterradoramente ambiciosa, cuyo matrimonio se había hecho añicos cuando su publipreportaje para promocionar su «*Lifting* en un tarro» fracasó. De alguna forma, habían logrado sacar el tiempo suficiente para crear una hija de ocho años a quien ahora parecían querer destruir emocionalmente.

Callada, regordeta, ojos muy grandes, algo tartamuda. Hace poco se había acostumbrado a pasar largas temporadas en silencio.

Las evaluaciones de custodia son el lado más feo de la psicología infantil y de vez en cuando pienso en dejarlo. Nunca me he parado a calcular mi media de éxitos, pero los casos que funcionan hacen que siga en esto, como una máquina tragaperras con beneficios intermitentes.

Pongo el periódico a un lado, contento de que el caso sea problema de otro. Pero, de todas formas, mientras me ducho, sigo imaginándome el escenario del delito. Gloriosas colinas doradas, el impresionante océano infinito.

He llegado a ese punto en el que no puedo pensar en algo bello sin imaginar su alternativa.

En mi opinión este caso va a ser uno de los duros; la principal esperanza para poder solucionarlo es que el malo haya metido la pata y haya dejado alguna muestra forense: una marca de neumáticos única, una fibra rara, o algún rastro biológico. Algo mucho menos probable de lo que cualquiera

pueda creer al ver la tele. La huella que se encuentra con más frecuencia en el escenario de un delito es la de la palma de la mano, y las comisarías apenas han empezado a catalogar las huellas de las palmas. El ADN puede hacer milagros, pero el trabajo atrasado es tremendo y los bancos de datos son casi incomprensibles.

Además de todo eso, como guinda del pastel, los delincuentes cada vez son más listos y usan preservativos, y este en particular parecía un planificador cuidadoso.

Los polis ven los mismos programas que el resto de la gente y a veces aprenden algo de ellos. Sin embargo, Milo y otros de su misma posición tienen un dicho: «Los forenses nunca resuelven un caso, los detectives sí».

Milo estaría contento de que este caso no fuera de él.

Pero luego sí lo fue.

Cuando el secuestro se convirtió en algo más, los medios de comunicación empezaron a emplear los nombres de los implicados.

Michaela Brand, veintitrés años. Dylan Meserve, veinticuatro años.

Las fotos de archivo policial nunca son favorecedoras, pero incluso a pesar de llevar los números debajo del cuello y tener ese brillo de animal enjaulado en los ojos, estos dos eran carne de culebrón.

Habían producido un episodio de *reality show* y les había salido el tiro por la culata.

El plan se descubrió cuando un dependiente de la ferretería Krentz, en el este de Hollywood, leyó la historia del secuestro en el *Times* y se acordó de una pareja joven que pagó en efectivo un rollo de cuerda de nailon amarilla tres días antes del presunto asalto al coche.

Un vídeo de la tienda confirmó las identificaciones y el análisis de las cuerdas reveló la perfecta coincidencia de esta con los trozos encontrados en el escenario del delito y con las marcas encontradas en las extremidades y cuello de Michaela y Dylan.

Los investigadores del *sheriff* siguieron el rastro y localizaron una tienda *Wilderness Outfitters* en Santa Mónica en el que la pareja había comprado una linterna, agua embotellada y paquetes de comida deshidratada para excursionistas. Un 7-Eleven verificó que la casi exhausta tarjeta de débito de Michaela Brand se había utilizado para comprar una docena de barritas de chocolate Snikers, dos paquetes de carne seca y un paquete de

seis cervezas Miller Lite menos de una hora antes de la hora del supuesto secuestro. El cuadro lo completaban los envoltorios y las latas vacías que se encontraron a unos ocho kilómetros más arriba de donde la pareja había escenificado su confinamiento.

El informe de un médico de urgencias del Hospital de Saint John terminó de rematar: Meserve y Brand afirmaban haber estado sin comer dos días pero, sin embargo, sus análisis de electrolitos eran normales. Más aún, ninguna de las dos víctimas mostraba lesiones más graves que alguna quemadura de cuerda o algún hematoma leve en la vagina de Michaela que podían haber sido auto inflingidos perfectamente.

Cuando los enfrentaron a las pruebas, la pareja se vino abajo, admitieron el engaño, se les acusó de obstrucción a la justicia y de rellenar un parte policial con información falsa. Ambos alegaron insolvencia y se les asignaron abogados de oficio.

El abogado que le asignaron a Michaela fue un hombre llamado Lauritz Montez. Él y yo nos habíamos conocido casi diez años atrás en un caso particularmente repelente: dos preadolescentes habían asesinado a una niña de dos años. Uno de los chicos era el cliente de Montez. Todo lo feo de ese caso resurgió el año pasado cuando uno de los asesinos, ya convertido en un joven, me llamó por teléfono a los pocos días de salir de la cárcel y apareció muerto a las pocas horas.

Ya desde el principio yo no le había gustado a Lauritz Montez y el hecho de que yo escarbara aún más en el pasado no hizo más que empeorar las cosas. Por eso me sorprendí mucho cuando me llamó y me pidió que evaluara a Michaela Brand.

—¿Por qué iba yo a bromear, doctor?

—Lo nuestro no es que haya sido amor a primera vista.

—No te estoy invitando a tomar algo —dijo—. Eres un loquero muy bueno y quiero que Michaela tenga un informe consistente tras ella.

—Solo la han acusado de delitos menores —dije yo.

—Ya, sí. Pero el *sheriff* está cabreado y está presionando a la fiscalía para que pida pena de cárcel. De lo que estamos hablando es de una niña con muchos pájaros en la cabeza que cometió una estupidez. Ella ya se siente lo suficientemente mal.

—¿Quieres que diga que está incapacitada mentalmente?

Montez se rió.

—Un superataque de locura transitoria estaría genial, pero sé muy bien que eres un capullo quisquilloso con pequeños detalles, como los hechos. Así que te lo diré tal y como fue: ella estaba confundida, la cogió en un

momento de debilidad y se dejó llevar. Estoy seguro de que hay un término técnico para eso.

—La verdad —dije.

Se rió de nuevo.

—¿Lo harás?

La niña de los cirujanos plásticos había empezado a hablar, pero los abogados de ambos padres habían llamado esa misma mañana para informarme de que el caso había sido resuelto y de que por lo tanto mis servicios ya no eran necesarios.

—Claro —dije yo.

—¿En serio? —dijo Montez.

—¿Por qué no iba a serlo?

—La cosa no fue tan sencilla con Duchay.

—¿Cómo iba a haberlo sido?

—Cierto. Vale, haré que te llame y concierte una cita. Haré todo lo que esté en mi mano para conseguirte alguna remuneración. Algo razonable.

—Lo razonable siempre es bueno.

—Y tan escaso.

Michaela Brand vino a verme cuatro días después.

Trabajo fuera de casa, más arriba de la Cañada Beverly. A mediados de noviembre toda la ciudad está bonita, pero ninguna parte está tan bonita como la Cañada.

Michaela sonrió y dijo:

—Hola, doctor Delaware. *Guau*, qué sitio tan genial. Mi nombre se pronuncia *Mick-aah-la*.

La sonrisa era artillería pesada en la batalla por hacerse notar. La guié por el espacio blanco, amplio y vacío hasta mi despacho en la parte de atrás.

Era alta, de caderas estrechas y busto grande. Al caminar movía mucho las caderas intencionadamente. Si sus pechos no eran naturales, lo bien que se movían era una publicidad estupenda para un genio del bisturí. Tenía la cara ovalada y lisa, agraciada con unos grandes ojos aguamarina que podían fingir fascinación espontánea sin apenas esfuerzo, y perfectamente equilibrada con su largo y suave cuello.

Los cardenales, ya débiles, que tenía a los lados del cuello los llevaba camuflados con maquillaje corporal. El resto de su piel era como terciopelo color cobre extendido sobre huesos finos. Seguramente producto de una cabina de rayos UVA o de uno de esos esprais que duran una semana. Las pequeñas pecas color café que tenía por la nariz daban una idea de su tono de piel natural. Sus labios gruesos estaban aumentados por el brillo de labios. Una masa de pelo color miel le llegaba hasta debajo de los hombros. Algún estilista debía de haberse tomado su tiempo para texturizar la melena y darle ese aspecto descuidado. Media docena de tonos de rubio intentaban dar un aspecto natural.

Llevaba unos pantalones vaqueros, tipo pitillo, negros, tan bajos que hacían necesaria la depilación del pubis. Tenía los huesos de la cadera pequeños, como suaves pomos que llamaran a una pareja de tango.

También llevaba un jersey negro y una camiseta negra de manga corta que llevaba escrito *Porn Star*; ambos le llegaban por encima del ombligo que sonreía sardónicamente. La misma dermis perfecta revestía un abdomen liso como la piel de un tambor. Tenía las uñas largas y las llevaba pintadas con manicura francesa, las pestañas postizas estaban perfectas. Las cejas depiladas le daban una expresión de continua sorpresa.

Mucho tiempo y dinero invertidos en aumentar los genes afortunados. Había convencido al tribunal de que era pobre. Resultó que sí lo era, la tarjeta de crédito la tenía agotada y solo le quedaban doscientos dólares en la cuenta corriente.

—He conseguido que mi casero me prorrogue el pago otro mes —dijo—, pero a no ser que solucione esto rápido y consiga otro trabajo, me van a echar.

Las lágrimas le inundaron los ojos azul verdoso. Nubes de pelo se giraron, ahuecaron y volvieron a su sitio. A pesar de tener las piernas largas, había conseguido hacerse un ovillo en el sillón de cuero de los pacientes, y parecer pequeña.

—¿Qué significa para ti solucionarlo? —dije.

—¿Perdón?

—Solucionarlo.

—Ya sabe —dijo—. Necesito deshacerme de... esto, de este lío.

Asentí y ella inclinó la cabeza como un cachorrillo.

—Lauritz dijo que usted es el mejor.

Llamaba por el nombre de pila a su abogado. Me pregunté si Montez no tendría otra motivación aparte de la mera responsabilidad profesional.

Para, tío desconfiado. Concéntrate en el paciente.

Este paciente estaba inclinado hacia delante y sonreía con timidez mientras los pechos sin sujeción ahuecaban el jersey negro. Dije:

—¿Qué le dijo el señor Montez acerca de esta evaluación?

—Que debía abrirme emocionalmente. —Se metió el dedo en un extremo del ojo. Dejó caer la mano y pasó el dedo por su rodilla envuelta en vaquero negro.

—¿Abrirse cómo?

—Ya sabe, no ocultarle nada, solo ser yo misma. Yo...

Esperé.

Ella dijo:

—Me alegro de que sea usted. Parece amable. —Metió una pierna debajo de la otra.

Yo dije:

—Cuénteme cómo ocurrió, Michaela.

—¿Cómo ocurrió el qué?

—El falso secuestro.

Se estremeció.

—¿No quiere conocer mi infancia u otra cosa?

—Puede que luego hablemos de eso, pero es mejor empezar con el propio engaño. Me gustaría oír lo que sucedió en sus propias palabras.

—En mis palabras. Tío. —Media sonrisa—. Sin preliminares, ¿eh?

Le devolví la sonrisa. Desdobló las piernas y un par de zapatos Sketchers de tacón alto aterrizaron en la alfombra. Flexionó un pie. Miró el despacho.

—Sé que actué mal, pero soy una buena chica, doctor. De verdad que lo soy.

Cruzó los brazos sobre el logo de *Porn Star*.

—¿Por dónde empezar...? Tengo que decirle que me siento muy expuesta.

Me la imagino corriendo hasta la carretera, desnuda, haciendo que un anciano casi caiga por un barranco con su camioneta.

—Sé que es duro pensar en lo que hizo, Michaela, pero sería de gran ayuda que se acostumbrara a hablar de ello.

—¿Para que me pueda comprender?

—Para eso —dije—, pero en algún momento puede que la llamen a testificar.

—¿Qué es eso?

—Decirle al juez lo que hizo.

—Confesar —dijo—. ¿Es una palabra más refinada para confesión?

—Supongo que sí.

—Todas esas palabras que usan. —Se rió suavemente—. Por lo menos estoy aprendiendo cosas.

—Puede que no de la manera que le hubiera gustado.

—Eso seguro... Abogados, polis. Ni siquiera me acuerdo de qué dije a quién.

—Sí, es muy confuso —dije.

—Totalmente, doctor. Tengo algo con eso.

—¿Con qué?

—Con la confusión. Cuando estaba en Fénix, en el instituto, algunos pensaban que era una cabeza hueca, Los cerebritos, ¿sabe? La verdad es que me sentía confusa muy a menudo. Todavía me pasa. Puede que sea porque me caí de cabeza cuando era pequeña. Me caí del columpio y perdí el conocimiento. Después de eso nunca me fue muy bien en el colegio.

—Suena como una mala caída.

—No me acuerdo de mucho acerca de la caída, doctor, pero me dijeron que estuve inconsciente medio día.

—¿Cuentos años tenía?

—Puede que tres o cuatro años. Me estaba columpiando muy alto, me encantaba columpiarme. Debí soltarme o algo, porque salí volando. Me he dado golpes en la cabeza más veces. Me paso el día cayéndome, tropezándome yo sola. Me crecieron tan rápido las piernas que cuando tenía quince años pasé de uno cincuenta y dos, a uno setenta y seis en seis meses.

—Es propensa a los accidentes.

—Mi madre solía decir que yo era un accidente a punto de suceder. Hacía que me comprara vaqueros buenos y después se me rompían por la rodilla y ella se enfadaba y me prometía que nunca más me iba a comprar nada.

Se tocó la sien izquierda. Se cogió un mechón de pelo con los dedos y lo retorció. Hizo un mohín. Eso me recordaba a alguien. La miré mientras se removía en su asiento y por fin di con ello: me recordaba a Brigitte Bardot de joven.

¿Sabría ella quién era la actriz francesa?

Dijo:

—No he parado de darle vuelta a la cabeza. Desde el desastre. Es como si fuera el guión de otra persona y yo pasara por las escenas.

—El sistema legal puede resultar abrumador.

—¡Nunca pensé que yo podría estar dentro del sistema! O sea, ni siquiera veo las cosas de delitos en la tele. Mi madre lee novelas de misterio, pero yo las odio.

—¿Qué lee usted?

Se giró hacia un lado y no contestó. Repetí la pregunta.

—¡Oh! Disculpe. Me he quedado colgada. Que qué leo... la revista *Us People*, *Elle*, ya sabe.

—¿Qué tal si hablamos de lo que pasó?

—Sí, claro. Claro... se suponía que solo iba a ser... puede que Dylan y yo nos pasáramos un poco, pero mi profesora de interpretación, su gran idea es que todo el objetivo de los ensayos es dejarse llevar y entrar en la escena, se necesita abandonar el propio ser totalmente, ya sabe, el ego. Solo hay que rendirse a la escena y dejarse llevar por ella y fluir con ella.

—¿Fue eso lo que usted y Dylan hicieron?

—Supongo que empecé a pensar que eso era lo que estábamos haciendo y supongo... de verdad que no sé lo que paso en realidad. Es de locos, ¿cómo me metí en esta locura?

Se golpeó la palma de la mano con el puño cerrado, levantó los brazos. Empezó a llorar con suavidad. Le palpitaba una vena en el cuello, sobresalía del maquillaje y acentuaba el cardenal.

Le acerqué un pañuelo de papel. Dejó que sus dedos reposaran sobre mis nudillos. Sorbió los mocos.

—Gracias.

Me volví a sentar.

—Así que pensó que estaba haciendo lo que Nora Dowd le enseñó.

—¿Conoce a Nora?

—He leído los documentos del tribunal.

—¿Nora está en los documentos?

—Se la menciona. Así que dice que el falso secuestro está relacionado con su preparación profesional.

—Sigue llamándolo falso —dijo.

—¿Cómo quiere que lo llame?

—No lo sé... otra cosa. El ejercicio. ¿Qué tal eso? Eso es lo que en realidad nos hizo empezarlo.

—Un ejercicio de interpretación.

—Ajá. —Cruzó las piernas—. Nora nunca vino a decirnos que hiciéramos un ejercicio, pero pensamos que era lo que teníamos que hacer, porque siempre estaba empujándonos a llegar a lo más hondo de nuestros sentimientos. Dylan y yo nos imaginamos que... —Se mordió el labio—. Se suponía que no íbamos a llegar tan lejos.

Se tocó la sien de nuevo.

—Tengo que haber sido atroz. Dylan y yo solo estábamos intentando ser artísticamente auténticos. Como cuando le até y luego me rodeé a mí misma con la cuerda, la sujeté un rato alrededor de mi cuello para asegurarme de que dejara marcas. —Frunció el entrecejo y se tocó un cardenal.

—Ya lo veo.

—Sabía que no me llevaría mucho tiempo. Hacer un cardenal. Me hago moratones con mucha facilidad. Puede que sea por eso que no tolero muy bien el dolor.

—¿Qué quiere decir?

—Soy una llorona con el dolor, así que intento mantenerme alejada de él. —Se tocó un sitio donde el cuello de barco de la camiseta daba con la piel—. Dylan no siente nada de nada. O sea, es como de piedra. Cuando lo até no paraba de decir que apretara más y más, que quería sentirlo.

—¿Dolor?

—Sí claro —dijo—. No en el cuello, al principio, solo en las piernas y en los brazos. Pero incluso ahí duele cuando se aprieta lo suficiente, ¿no? Pero seguía insistiendo en que apretara más y más. Al final le grité que lo estaba apretando todo lo que podía. —Miró al techo—. Se quedo ahí tirado. Luego sonrió y me dijo que igual también debería atarle el cuello.

—¿Dylan desea morir?

—Dylan es un bicho raro... todo fue muy raro allí arriba, oscuro, frío, el vacío que había en el aire. Se podía oír como las cosas reptaban a nuestro alrededor. —Se rodeó la cintura con los brazos—. Le dije que todo era muy raro y que igual no había sido tan buena idea.

—¿Qué dijo Dylan?

—Se quedó ahí tirado con la cabeza hacia un lado. —Cerró los ojos e hizo una demostración. Puso la boca flácida y dejó ver un centímetro de lengua rosa y puntiaguda— Le pregunté si se hacía el muerto, ¿sabe? Y le dije que lo dejara, que era demasiado, pero se negó a hablar o moverse, y terminó por poder conmigo. Rodé hasta él y le toqué la cabeza y él tan solo la dejó caer, ¿sabe?

—Método de actuación —dije.

Me miró sorprendida.

—Es cuando se vive un papel por completo, Michaela.

Tenía los ojos en otro sitio.

—Lo que sea...

—¿A qué altura del ejercicio ató a su compañero?

—La segunda noche, todo fue la segunda noche. Estaba bien antes de eso, luego empezó a putearme. Yo se lo permití porque tenía miedo. Todo... Fui tan tonta.

Escondió su rostro tras la cortina de cabello dorado. Me recordó a los *cocker spaniel* en el corral de exposición. Cuando los cuidadores les ponen las orejas encima de la nariz para que los jueces puedan ver bien el cráneo.

—Dylan la atemorizó.

—No se movió en mucho, mucho tiempo —dijo.

—¿Le preocupaba haberlo atado demasiado fuerte?

Se soltó el pelo y mantuvo la mirada baja.

—De verdad, no sé que contestarle, ni siquiera ahora sé qué era lo que lo motivaba. Puede que estuviera inconsciente de verdad, puede que solo me estuviera puteando. Él... fue todo idea suya, doctor. Se lo prometo.

—¿Dylan lo planeó todo?

—Todo. Desde la compra de la cuerda hasta el lugar.

—¿Cómo eligió el Cañón de látigo?

—Dijo que él paseaba por allí, le gusta caminar solo, le ayuda a meterse en los personajes. —Deslizó la punta de la lengua por su labio inferior y dejó un fino rastro de saliva.

—También dice que algún día tendrá una casa allí.

—¿En el Cañón de látigo?

—En Malibú, pero en la playa, como en Colony. Es apasionado en exceso.

—¿Sobre su carrera?

—Hay gente que pone todo como si fuera una película, ¿sabe? ¿Pero después saben cuándo parar? Dylan puede ser genial cuando es él mismo, pero luego tiene esas ambiciones. La portada de *People*, ser el próximo Johnny Depp.

—¿Cuáles son sus ambiciones, Michaela?

—¿Yo? Yo solo quiero trabajar. Televisión, gran pantalla, series, anuncios, lo que sea.

—Dylan no sería feliz con eso.

—Dylan quiere ser el número uno de la lista de los hombres más *sexis*.

—¿Ha hablado con él desde el ejercicio?

—No.

—¿De quién fue la decisión?

—Lauritz me dijo que me mantuviera alejada.

—¿Estaban Dylan y usted muy unidos antes?

—Supongo que sí. Dylan decía que teníamos química natural. Puede que por eso nos... dejáramos llevar. Todo fue idea suya, pero allí arriba me asustó. Le hablaba, lo sacudía y él parecía... de verdad, ya sabe.

—Muerto.

—No es que haya visto nunca un muerto de verdad, pero cuando era pequeña me gustaban las películas de casquería. Aunque ya no. Me asqueo con facilidad.

—¿Qué hizo cuando pensaba que Dylan estaba muerto de verdad?

—Me volví loca y le desaté la cuerda del cuello, seguía sin moverse y mantenía la aboca abierta y parecía... de verdad... —Negó con la cabeza—. El ambiente allí arriba, me estaba asustando de verdad. Le abofeteé y le grité que parara. Su cabeza seguía cayendo muerta hacia delante y hacia atrás. Como en los ejercicios de relajación que nos hace hacer Nora antes de una gran escena.

—Aterrador —dije.

—Aterrador de verdad. Tengo dislexia, no tan grave como para no poder leer o escribir, puedo leer bien. Pero memorizar las palabras me lleva mucho tiempo. No puedo repetir nada. Puedo memorizar mis frases, pero tengo que esforzarme mucho.

—¿El ser disléxica hizo que tuviera más miedo al ver a Dylan así?

—Porque se me mezclaban las cosas en la cabeza y no podía pensar con claridad. Y el miedo hacía que todo estuviera borroso. Era como si mis pensamientos no tuvieran sentido, como si estuvieran en otro idioma, ¿sabe?

—Desorientación.

—O sea, mire lo que hice —dijo—. Me desaté y escalé por la montaña y corrí a la carretera sin ni siquiera ponerme la ropa. Tenía que estar muy desorientada. Si hubiera estado pensando con normalidad, ¿hubiera hecho eso? Entonces, después de que ese tío viejo, el de la carretera que... —Frunció el ceño hasta casi torcer la boca, antes de deshacer el gesto.

—El anciano que...

—Iba a decir el viejo que me salvó, pero no corría ningún peligro real. De todas formas, tenía mucho miedo de verdad. Porque todavía no sabía si Dylan estaba bien. Para cuando el tío llamó a la patrulla de salvamento y esta llegó, Dylan ya estaba sin ataduras y estaba allí de pie con nosotros. Cuando nadie lo miraba, sonrió con disimulo. Como, ja, ja, qué buen chiste.

—¿Siente que Dylan la manipuló?

—Sí, eso es lo más triste. Perder la confianza. La cosa se supone que era sobre eso, sobre la confianza. Nora siempre nos está diciendo que la vida del artista es un peligro constante. Siempre se trabaja sin red. Dylan era mi pareja y confiaba en él. Por eso le seguí el rollo en primer lugar.

—¿Le llevó mucho tiempo convencerla?

Frunció el ceño.

—Hizo que pareciera una aventura. Comprar todas esas cosas. Hizo que me sintiera como una niña que lo pasa bien.

—Hacer los planes fue divertido —dije.

—Sí, exactamente.

—Comprar la cuerda y la comida.

—Ajá.

—Un plan muy cuidadoso.

Se enderezó.

—¿Qué quiere decir?

—Ustedes pagaron en efectivo y compraron todo en distintas tiendas de distintos barrios.

—Eso fue todo cosa de Dylan —dijo.

—¿Le explicó por qué lo había planeado así?

—La verdad es que casi no hablamos de ello. Era como... habíamos hecho ya tantos ejercicios antes, que este era solo otro más. Sentí que tenía que usar el lado derecho. Del cerebro. Nora nos había enseñado a concentrarnos usando el lado derecho del cerebro, como meterse en el lado derecho del cerebro, colarse o algo así.

—El lado creativo —dije.

—Eso, exacto. No pensar demasiado, solo lanzarse a ello.

—Nora sigue apareciendo.

Silencio.

—Michaela, ¿cómo cree que se siente ella con lo que ha pasado?

—Sé cómo se siente. Está cabreada. Después de que me detuviera la policía, la llamé. Me dijo que dejarse coger era de aficionados y estúpido. Me dijo que no volviera. Después colgó.

—Dejarse coger —dije—. ¿No estaba enfadada por todo el plan?

—Eso fue lo que me dijo. Que era estúpido dejarse coger. —Se le humedecieron los ojos.

—Oír eso de ella debió de ser muy duro —dijo.

—Está en una situación de poder conmigo.

—¿Va a intentar hablar con ella de nuevo?

—No me devolverá las llamadas. Así que ahora no puedo ir a PlayHouse. Tampoco es que me importe. Supongo.

—¿Es hora de pasar página?

Las lágrimas le caían por la cara.

—No me puedo permitir estudiar porque estoy sin blanca. Voy a tener que apuntarme a una de esas agencias. Ser secretaria o cuidadora. O ponerme a hacer hamburguesas o algo así.

—¿Esas son sus únicas posibilidades?

—¿Quién me va a coger para un trabajo bueno si tengo que salir para las audiciones? Y tampoco me van a coger hasta que acabe esta cosa.

Le tendí otro pañuelo de papel.

—De verdad que no era mi intención hacerle daño a nadie, créame, doctor. Sé que debí haber pensado más y haber sentido menos, pero Dylan... —Volvió a doblar las piernas y subirlas al sillón. La práctica ausencia de grasa corporal le permitía doblarse como un papel. Con esa falta de aislamiento térmico, las dos noches en la montaña debieron congelarla. Aunque estuviera mintiendo acerca del miedo que sintió, la experiencia no fue agradable: el informe final de la policía citaba excrementos humanos frescos debajo de un árbol cercano y hojas y papeles de caramelo usados como papel higiénico.

—Ahora —dijo—, todos van a pensar que soy una rubia tonta.

—Muchos dicen que la mala publicidad no existe.

—¿Si? —dijo—. ¿Usted cree?

—Creo que la gente puede cambiar las cosas.

Fijó sus ojos en los míos.

—Fui una tonta y lo siento de verdad.

Dije:

—Fuera lo que fuere lo que ustedes pretendieran, acabó convirtiéndose en un par de noches duras.

—¿Qué quiere decir?

—Estar ahí fuera, al frío. Sin cuarto de baño.

—Eso fue asqueroso —dijo—. Estábamos helados y sentía escalofríos por todo el cuerpo, como si me devoraran. Después me empezaron a doler los brazos, las piernas y el cuello. Porque me había atado demasiado fuerte. —Hizo una mueca de dolor—. Quería ser auténtica. Quería demostrárselo a Dylan.

—¿Demostrarle el qué?
—Que era una actriz seria.
—¿Lo hizo solo para complacer a alguien, Michaela?
—¿Qué quiere decir?
—Tenía que haberse imaginado que la historia saldría en los medios.
¿Tuvo en cuenta cómo iba a reaccionar otra gente?
—¿Como quién?
—Empecemos por Nora.
—De verdad que pensé que ella nos respetaría. Por tener integridad. En cambio, está cabreada.
—¿Qué hay de su madre?
Hizo un gesto como si apartara la pregunta con la mano.
—¿No pensó en su madre?
—No hablo con ella. No forma parte de mi vida.
—¿Sabe lo que ha pasado?
—No lee los periódicos, pero supongo que si ha salido en el *Fénix Sun* y alguien se lo ha enseñado, lo habrá leído.
—¿No la ha llamado?
—No puede hacer nada para ayudarme —dijo entre dientes.
—¿Eso por qué, Michaela?
—Está enferma. Los pulmones. Durante toda mi infancia siempre estuvo enferma con algo. Hasta cuando me caí de cabeza fue un vecino el que me llevó al médico.
—Su madre no estaba ahí cuando la necesitaba.
Miró a otro lado.
—Cuando estaba colocada me pegaba.
—¿Su madre consumía drogas?
—Sobre todo hierba, a veces se tomaba pastillas para el ánimo. Lo que más le gustaba era fumar. Hierba y tabaco, y también el coñac. Se le han quemado los pulmones. Respira gracias a la botella de oxígeno.
—Una infancia muy dura.
Volvió a hablar entre dientes.
Dije:
—Eso me lo he perdido.
—Mi infancia. No me gusta hablar de ella, pero estoy siendo totalmente sincera con usted. Sin falsas apariencias, sin cortina emocional, ¿sabe? Es como un mantra. Me digo a mí misma: «sinceridad, sinceridad, sinceridad». Lauritz me dijo que lo tuviera bien presente. —Un dedo fino como un palo tocó la suave ceja color bronce.
—¿Qué pensó que pasaría cuando la historia saliera a la luz?

Silencio.

—¿Michaela?

—Puede que televisión.

—¿Salir en televisión?

—Telerealidad. Como una mezcla de *Inocente, Inocente, Supervivientes* y *Factor Miedo*, pero sin que la gente sepa lo que es real y lo que no. No es que intentáramos ser malos a propósito. Solo queríamos dar un paso decisivo.

—¿Decisivo en qué sentido?

—Mental.

—¿Qué hay de sus carreras?

—¿Qué quiere decir?

—¿Creyeron que así podrían conseguir un papel en un *reality show*?

—Dylan pensó que podría ser así —dijo.

—¿Usted no?

—Yo no pensé, punto... puede que muy en el fondo, de manera inconsciente, puede que pensara que podía ayudarnos a atravesar la pared.

—¿Qué pared es esa?

—La pared del éxito. Uno va a las audiciones y lo miran como si no estuviera ahí, hasta dicen que puede que llamen y puede que no. Una tiene tanto talento como la chica a la que cogen para el trabajo pero no hay ninguna razón para que las cosas pasen. Así que, ¿por qué no? Hazte notar, haz algo especial, raro o aterrador. Hazte especial por ser especial.

Se levantó y dio una vuelta por el despacho. Se tropezó con sus propios zapatos y casi perdió el equilibrio. Puede que sí dijera la verdad acerca de ser patosa.

—Esta vida apesta —dijo.

—Ser actriz.

—Ser cualquier artista. ¡Todos adoran a los artistas, pero también los odian!

Se cogió el pelo con las dos manos y tiró, de manera que estiró sus preciosas facciones hasta convertirlas en algo parecido a un reptil.

—¿Tiene alguna idea de lo duro que es? —dijo a través de los labios estirados.

—¿El qué?

Se soltó el cabello. Me miró como si fuera tonto.

—Hacer. Que. Alguien. Te. Preste. Atención.